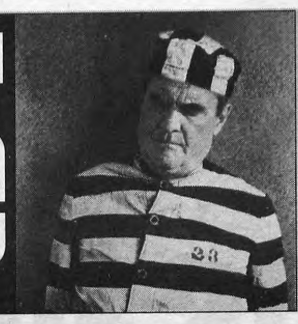


25 años del Golpe



Elogio de la culpa

Por Juan Gelman

¿Hubo que ser “inocente” para tener acceso a la categoría de “víctima de la dictadura militar”?

Mi hijo no lo fue. No fue “inocente”, sí víctima. Marcelo Ariel Gelman tenía 20 años cuando fue secuestrado en su casa por un comando militar, el 24 de agosto de 1976. También fue secuestrada su esposa Claudia, encinta de 7 meses. Los restos de Marcelo fueron hallados a fines de 1989, gracias a la abnegada labor del Equipo Argentino de Antropología Forense. Fue asesinado de un tiro en la nuca disparado a medio metro de distancia. Ahora tiene sepultura y es éste un hecho sumamente importante para un padre huérfano de hijo, como soy, porque el rescate de sus restos fue el rescate de su historia. Brevemente, es la que sigue:

Marcelo tuvo inquietudes políticas desde su niñez. A los 9 años me sorprendía con preguntas turbadoras –y pertinentes– sobre el Che y su consigna de crear varios Vietnam en América latina. Sé por compañeros de escuela de Marcelo que ya en la primaria ejercía la protesta. Le molestaba la injusticia. Molestar es palabra muy suave para lo que sentía: indignación. Sé también que a los 14 años estaba en la Juventud Peronista de la resistencia, poniendo caños contra las transnacionales. Como miles de jóvenes, confió en Perón. Tenía 16, 17 años y se desilusionó profundamente cuando Perón volvió al gobierno y apoyó a la fascista Triple A y calificó de “jóvenes imberbes” a los que habían luchado por su retorno. La desilusión no lo confinó en la pasividad. Se fue de la Juventud Peronista por la izquierda, con la Columna Sabino Navarro. Desilusionado otra vez, merodeó por el ERP, que tampoco lo convenció. Cuando lo secuestraron no tenía militancia partidaria, pero sí la suficiente historia militante como para que la dictadura militar lo considerara un enemigo. Encontraron su dirección en la libreta de anotaciones de una muchacha del ERP.

Estoy orgulloso de la militancia de mi hijo. A veces pienso que algo tuve que ver yo con ella y eso redobla mi orgullo y mi dolor. Mi hijo no era un “inocente”. Le dolían la pobreza, la ignorancia, el sufrimiento ajeno, la estupidez, la explotación de los poderosos, la sumisión de los débiles. Nunca se sintió portador de una misión, pero quiso cambiar el país para que hubiera más justicia. Hizo lo que pudo, callada, humildemente. De todo eso fue “culpable”. ¿Y no fue por eso víctima de la dictadura militar? Repito la pregunta: ¿Hubo que ser “inocente” para tener acceso a categoría de “víctima de la dictadura militar”?

Es verdad que hubo muchas víctimas inocentes de la dictadura militar. Por ejemplo, niños con vida y niños no nacidos todavía. Hombres y mujeres sin militancia alguna que sólo pertenecían a esa secreta intimidad llamada pueblo y que fueron también asesinados. La dictadura militar consideró “culpables” a decenas de periodistas que no pensaban como ella. A centenares de intelectuales que no pensaban como ella. A sacerdotes, abogados y a miles de obreros y estudiantes que no pensaban como ella. A los familiares de personas que no pensaban como ella. Y también a muchos que deseaban *cambiar la vida*, como pidió Rimbaud, y lo intentaban por distintos caminos.

¿Y por eso no son “inocentes”? Todos ellos, sea que canalizaran su voluntad de cambio por escrito, desde el púlpito, la cátedra, los sindicatos, centros estudiantiles, organizaciones populares, partidos políticos, o por las armas, ¿no son acaso víctimas de la dictadura militar? ¿Fueron encarcelados o fueron secuestrados, torturados y alojados en campos clandestinos de detención? ¿Tuvieron un juicio imparcial o fueron brutalmente asesinados? ¿Se les permitió ejercer su derecho de defensa o les pegaron un tiro en la nuca desde medio metro de distancia? ¿Se notificó su paradero a los familiares o se los “desapareció”, creando una angustia que para muchos dura todavía? ¿Pudieron ejercer su derecho de pensamiento y expresión o fueron amordazados con la muerte más atroz, la muerte anónima? ¿Por qué no entrarían en la categoría de “víctimas”? ¿Porque querían cambiar la vida? ¿Se piensa acaso que los militares asesinaron inocentes “por error”? ¿Que son locos sueltos y no la expresión más despiadada de los intereses que quieren que la vida siga como está?

Y quienes hoy pretenden que todos los asesinados fueron “inocentes” o que sólo los “inocentes” son defendibles y aun reivindicables: ¿En qué sombrío negocio consigo mismo están? ¿Quieren borrar la historia con un trapo? ¿Piensan que la dictadura era mala cuando mataba inocentes –los “excesos”– pero que hacía bien en matar a los otros? ¿Son las gentes que bajo la dictadura decían “por algo será” cuando alguien, hasta un ser querido, desaparecía? ¿Y ahora otorgan diplomas de inocencia para que ningún asesinado los moleste y puedan “condenar” a la dictadura militar en olor de legalidad?

Esa hipocresía declarada encubre una infamia sin nombre: condona el asesinato de quienes no fueron inocentes y afirma la “inocencia” del hambre, la pobreza, la explotación de millones de seres humanos, su humillación y marginalidad. Da la razón a la dictadura militar y deja amplios espacios para que la infamia persista, victoriosa.

El 14 de octubre se cumplieron 2 años del hallazgo de los restos de Marcelo Gelman que, mezclados con cemento y arena, fueron arrojados al río Luján.

Pablo Piovanno

OPINION EN EL 20° ANIVERSARIO DEL GOLPE DE ESTADO DE 1976

Pensamientos para los domingos



Por J.M. Pasquini Durán

"Preferiría morir de una puñalada en el Metro de New York antes que vivir en las calles seguras de Moscú", aclaró una vez el español Felipe González. Quería decir, como es obvio, que prefería los riesgos de la libertad. Aunque las calles en Moscú dejaron de ser seguras, el concepto sigue válido: la libertad tiene riesgos pero aún así es preferible a toda forma de dictadura. Entre otros componentes, este aniversario tiene el sentido esencial de reafirmar el compromiso colectivo de Nunca Más. La marcha central convocada por un centenar y medio de entidades que arrancará este domingo desde Plaza Congreso, vigésimo aniversario de la dictadura, encontrará la mejor seguridad en la asistencia multitudinaria. Los partidos y organizaciones de la democracia tienen que ocupar sus lugares en esa marcha, porque allí lo que se condena es el terrorismo de Estado y no las tácticas buenas o malas de la pluralidad democrática. La convivencia obliga a convencer al otro o a dejarse convencer, sin intransigencias violentas que conviertan a la multitud en un delta de facciones solitarias. Ya la injusticia eriza el alma cuando ocurre en casos individuales, como el de María Soledad Morales o Cristian Campos, cuanto más si se trata de un genocidio. En veinte años los defensores de los derechos humanos dieron muestra de una entereza admirable, sin revanchas ni gestos provocadores. Este es un buen pensamiento de domingo para salir a la calle al encuentro de la solidaridad, unos de los mejores sentimientos de la libertad.

En la semana del vigésimo aniversario del golpe de Estado del 24 de marzo, el zar de la economía oficial desde 1976 a 1980, José Alfredo Martínez de Hoz, habló para darle una mano al gobierno actual (que lo tiene de asesor). En declaraciones a un diario santafesino, explicó en síntesis que el programa económico de Menem-Cavallo es la pura continuidad de la obra que había comenzado con su gestión al amparo de la dictadura. Ningún izquierdista lo hubiera dicho mejor.

No hay como la egolatría de los partidarios del ajuste estructural para confirmar las peores sospechas. Cuando no discuten sobre la paternidad del plan, aparecen los tíos que compiten por el rol de musas inspiradoras: Alsogaray, Krieger Vasena, Alemann y ahora el ex ministro favorito de Massera, quien ya había ocupado un lugar en el gabinete del presidente Guido después del golpe de 1962.

Hace cinco años, esta columna analizaba la crítica coyuntura en que se llegaba al vigésimo aniversario del comienzo de la dictadura. Su reflexión sobre el modelo económico mantiene una total actualidad, nombres propios incluidos, y demuestra una ideología local del ajuste mucho más papista que la del propio Papa del FMI.

Uno de los secretarios más próximos a Martínez de Hoz fue Juan Alemann, quien figura con su hermano Roberto (a su vez ministro de Economía de Galtieri) en los primeros lugares del ranking menemista cuando se menciona un posible reemplazante de Domingo Cavallo, quien también hizo su faena en la dictadura licuando la deuda privada y endosándosela a todos los argentinos. La línea sucesoria es tan directa y la trama familiar de "padres" y "tíos" es tan espesa que ya no se distinguen unos de otros. El problema del menemismo no es que ahora quiera romper esas alianzas, sino que su apetencia electoral de futuro está cuestionada por dos vías: 1) la recesión económica que no cesa y 2) las ambiciones personales de Cavallo para la sucesión en 1999, un territorio que Menem se reserva para sí mismo.

Durante todo el año pasado, Cavallo atribuyó las dificultades nacionales al "efecto tequila", pero luego de siete trimestres recesivos ese argumento es insuficiente para justificar las tribulaciones de millones de votantes sin empleos y sin esperanzas. Desde el punto de vista del ministro lo que molesta es esa gente, porque si en las elecciones votaran sólo los banqueros el destino del "héroe" de Wall Street estaría garantizado. Los banqueros saben que el costo social y productivo del ajuste estructural forma parte del modelo mismo. Uno de los prominentes miembros de las finanzas internacionales, nada menos que el director gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), expuso esa relación entre el plan y sus consecuencias con más precisión que cualquier obispo "hipócrita" y "necio".

Michel Camdessus habló así: "La manera en la cual la economía de mercado se ha instalado en las ex economías planificadas o en los países en desarrollo que están llevando a cabo un proceso de reformas [...] nos recuerda lo peor del capitalismo salvaje del siglo XIX. Las necesidades de empleo y de ingresos económicos y la debilidad del Estado son tales que muy a menudo se pisotean los derechos individuales y los derechos de los trabajadores. Cunde la corrupción y la violencia. Se exportan fábricas altamente contaminantes sin ningún miramiento para con el medio ambiente y la salud pública. Ciertamente hay crecimiento, pero no el tipo de crecimiento de alta calidad que uno quiere promover [...]. Aun allí donde la opinión pública en general favorece la integración a escala mundial, existe la preocupación de que los ricos se están enriqueciendo y los pobres empobreciendo".

Dijo más: "A este escenario se suma el peligro de que los conflictos comerciales exacerben la proliferación de prácticas económicas ilegales y provoquen el estallido de una crisis financiera". Camdessus, a quien Raúl Alfonsín daba trato de amigo, dirigió el Banco Central de Francia durante el primer gobierno socialista de François Mitterrand y luego pasó al FMI. A su juicio la tarea que cumple es la de "misionero 'en jefe' para vender el evangelio del ajuste estructural". El servicio noticioso de la Red del Tercer Mundo difundió esta semana el texto citado, parte de la conferencia que pronunció en París a fines del año pasado en el Instituto Internacional Jacques Maritain.

Poco después de que Camdessus asumió el cargo en el Fondo Monetario, el difunto Kenneth Dadzie, por entonces secretario general de la UNCTAD, discutió con él sobre la crisis de la deuda del Tercer Mundo. Dadzie opinaba que la deuda externa era impagable e incobrable. Camdessus coincidió con Dadzie pero le aclaró: "Esas son ideas que sólo puedo tener los domingos". En los días laborales, cuando tiene que decidir, la lógica es otra: hay que cobrar la deuda a cualquier costo. Lo mismo le pasa al menemismo: durante los días de ocio puede imaginarse "peronizando" la economía (si "peronizar" significa justicia social, tal como lo siguen entendiendo muchos pobres), pero al momen-



OPINION EN EL 20° ANIVERSARIO DEL GOLPE DE ESTADO DE 1976

Pensamientos para los domingos

Por J.M. Pasquini Durán

Hace cinco años, esta columna analizaba la crítica coyuntura en que se llegaba al vigésimo aniversario del comienzo de la dictadura. Su reflexión sobre el modelo económico mantiene una total actualidad, nombres propios incluidos, y demuestra una ideología local del ajuste mucho más papista que la del propio Papa del FMI.

"Preferiría morir de una puñalada en el Metro de New York antes que vivir en las calles seguras de Moscú", aclaró una vez el español Felipe González. Quería decir, como es obvio, que prefería los riesgos de la libertad. Aunque las calles en Moscú dejaron de ser seguras, el concepto sigue válido: la libertad tiene riesgos pero aún así es preferible a toda forma de dictadura. Entre otros componentes, este aniversario tiene el sentido esencial de reafirmar el compromiso colectivo de Nunca Más. La marcha central convocada por un centenar y medio de entidades que arrancará este domingo desde Plaza Congreso, vigésimo aniversario de la dictadura, encontrará la mejor seguridad en la asistencia multitudinaria. Los partidos y organizaciones de la democracia tienen que ocupar sus lugares en esa marcha, porque allí lo que se condena es el terrorismo de Estado y no las tácticas buenas o malas de la pluralidad democrática. La convivencia obliga a convencer al otro o a dejarse convencer, sin intransigencias violentas que conviertan a la multitud en un delta de facciones solitarias. Ya la injusticia eriza el alma cuando ocurre en casos individuales, como el de María Soledad Morales o Cristian Campos, cuanto más si se trata de un genocidio. En veinte años los defensores de los derechos humanos dieron muestra de una entereza admirable, sin revanchas ni gestos provocadores. Este es un buen pensamiento de domingo para salir a la calle al encuentro de la solidaridad, unos de los mejores sentimientos de la libertad.

En la semana del vigésimo aniversario del golpe de Estado del 24 de marzo, el zar de la economía oficial desde 1976 a 1980, José Alfredo Martínez de Hoz, habló para darle una mano al gobierno actual (que lo tiene de asesor). En declaraciones a un diario santafesino, explicó en síntesis que el programa económico de Menem-Cavallo es la pura continuidad de la obra que había comenzado con su gestión al amparo de la dictadura. Ningún izquierdista lo hubiera dicho mejor.

No hay como la egolatría de los partidarios del ajuste estructural para confirmar las peores sospechas. Cuando no discuten sobre la paternidad del plan, aparecen los tíos que compiten por el rol de musas inspiradoras: Alsogaray, Krieger Vasena, Alemann y ahora el ex ministro favorito de Massera, quien ya había ocupado un lugar en el gabinete del presidente Guido después del golpe de 1962.

Uno de los secretarios más próximos a Martínez de Hoz fue Juan Alemann, quien figura con su hermano Roberto (a su vez ministro de Economía de Galtieri) en los primeros lugares del ranking menemista cuando se menciona un posible reemplazante de Domingo Cavallo, quien también hizo su faena en la dictadura licuando la deuda privada y endosándosela a todos los argentinos. La línea sucesoria es tan directa y la trama familiar de "padres" y "tíos" es tan espesa que ya no se distinguen unos de otros. El problema del menemismo no es que ahora quiera romper esas alianzas, sino que su apetencia electoral de futuro está cuestionada por dos vías: 1) la recesión económica que no cesa y 2) las ambiciones personales de Cavallo para la sucesión en 1999, un territorio que Menem se reserva para sí mismo.

Durante todo el año pasado, Cavallo atribuyó las dificultades nacionales al "efecto tequila", pero luego de siete trimestres recesivos ese argumento es insuficiente para justificar las tribulaciones de millones de votantes sin empleos y sin esperanzas. Desde el punto de vista del ministro lo que molesta es esa gente, porque si en las elecciones votaran sólo los banqueros el destino del "héroe" de Wall Street estaría garantizado. Los banqueros saben que el costo social y productivo del ajuste estructural forma parte del modelo mismo. Uno de los prominentes miembros de las finanzas internacionales, nada menos que el director gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), expuso esa relación entre el plan y sus consecuencias con más precisión que cualquier obispo "hipócrita" y "necio".

Michel Camdessus habló así: "La manera en la cual la economía de mercado se ha instalado en las ex economías planificadas o en los países en desarrollo que están llevando a cabo un proceso de reformas [...] nos recuerda lo peor del capitalismo salvaje del siglo XIX. Las necesidades de empleo y de ingresos económicos y la debilidad del Estado son tales que muy a menudo se pisotean los derechos individuales y los derechos de los trabajadores. Cunde la corrupción y la violencia. Se exportan fábricas altamente contaminantes sin ningún miramiento para con el medio ambiente y la salud pública. Ciertamente hay crecimiento, pero no el tipo de crecimiento de alta calidad que uno quiere promover [...]. Aun allí donde la opinión pública en general favorece la integración a escala mundial, existe la preocupación de que los ricos se están enriqueciendo y los pobres empobreciendo".

Dijo más: "A este escenario se suma el peligro de que los conflictos comerciales exacerben la proliferación de prácticas económicas ilegales y provoquen el estallido de una crisis financiera". Camdessus, a quien Raúl Alfonsín daba trato de amigo, dirigió el Banco Central de Francia durante el primer gobierno socialista de François Mitterrand y luego pasó al FMI. A su juicio la tarea que cumple es la de "misionero 'en jefe' para vender el evangelio del ajuste estructural". El servicio noticioso de la Red del Tercer Mundo difundió esta semana el texto citado, parte de la conferencia que pronunció en París a fines del año pasado en el Instituto Internacional Jacques Maritain.

Poco después de que Camdessus asumió el cargo en el Fondo Monetario, el difunto Kenneth Dadzie, por entonces secretario general de la UNCTAD, discutió con él sobre la crisis de la deuda del Tercer Mundo. Dadzie opinaba que la deuda externa era impagable e incobrable. Camdessus coincidió con Dadzie pero le aclaró: "Esas son ideas que sólo puedo tener los domingos". En los días laborales, cuando tiene que decidir, la lógica es otra: hay que cobrar la deuda a cualquier costo. Lo mismo le pasa al menemismo: durante los días de ocio puede imaginarse "peronizando" la economía (si "peronizar" significa justicia social, tal como lo siguen entendiendo muchos pobres), pero al momento de decidir vuelve a imponerse la línea sucesoria que reivindica Martínez de Hoz.



Esa contradicción central entre la política económica que hambrea a los mismos votantes que el gobierno necesita retener como base electoral, origina otras contradicciones derivadas o paralelas. Una de ellas es la disputa entre Menem y Cavallo. Desde el más encumbrado hasta el más humilde de los argentinos se preguntan cuánto aguantará el dúo en la tregua inestable, tan precaria que sus propios equipos se miran con recelo, sin hablarse. Mientras el Presidente halaga la comprensión de los dirigentes de la CGT que cancelaron el anuncio del paro para el martes 26, Cavallo sostiene que hubieran hecho un papelón porque les falta apoyo. Menem inaugura un consejo tripartito donde los cegetistas pretenden obtener un compromiso de "tregua social", en tanto Cavallo lo descalifica por inútil ya que el plan económico, dice, no se negocia.

La verdad es que contrariedades no le escasean al Gobierno. Otros eran los tiempos en que el Presidente bailaba por TV entre las sonrisas y las palmas de mucha gente que hoy lo critica con severidad. Poco le faltó para meterse de cabeza en un conflicto frontal con la Iglesia Católica; pudo evitarlo gracias a los amigos que tiene entre los obispos, una media docena de fierro en la punta más alta de la jerarquía que prefirió desairar a sus hermanos Justo Laguna y Miguel Hesayne antes que "seguir acosando al Presidente". Por su parte, el Jefe del Estado tuvo que digerir con una sonrisa una demanda de Pastoral Social sobre temas concretos. Los puntos de la demanda bien podrían ser la plataforma mínima de coincidencia para toda la oposición del ajuste estructural. Los trece ítem del documento de la comisión episcopal tiene cada uno su miga, pero se resumen quizá en el primero y segundo de ellos: "Es urgente flexibilizar y humanizar el sistema" para dejar a salvo a los sectores de menores recursos, "que ya tienen magros ingresos y que no llegan ni siquiera a cubrir sus necesidades básicas". Zafó el Gobierno, pero quedaron heridas abiertas en el cuerpo eclesial (apenas por 11 a 9 ganó la facción oficialista que argumentó contra el supuesto "acoso"), de manera que el episodio tampoco quedó cerrado.

Al Gobierno lo acosa la realidad recesiva, no la crítica de algunos obispos. A los ojos de cualquiera, anda necesitando, y con ganas, de algunas medidas de disciplina social, que frenen de golpe el descontento y metan miedo entre las cobijas de los disconformes. La amenaza de renuncia o despido de Cavallo ya no tiene el efecto disuasor de otros tiempos, porque se desgastó de tanto usarla, como en la fábula de Pedro y el Lobo. Para esos fines intimidatorios tampoco sirve la práctica del "gatillo fácil" porque levanta demasiada indignación pública, a tal punto que se sacudieron las cúpulas policiales. El terrorismo internacional puso al descubierto otra debilidad del Gobierno para proteger la seguridad pública y encima expandió sospechas sobre presuntos encubrimientos de células parapoliciales de extrema derecha que habrían actuado de cómplices locales en los atentados contra AMIA y la embajada de Israel.

En los últimos tiempos, a medida que la policía cumplía con esmero las instrucciones de disolver manifestaciones con todos los recursos a su disposición, desde la Casa Rosada comenzó a dibujarse el perfil de un enemigo peligroso, al que se le adjudica –hasta ahora sin pruebas– un potencial de violencia equivalente a la caballería polaca de Napoleón, ante cuya presencia los ciudadanos deberían encerrarse en sus casas, haciendo oídos sordos a los cantos de sirena de agitadores sin escrúpulos que los incitan a manifestar por sus derechos. Hay una escalada oficial desde el Ministerio del Interior que pasó con rapidez de las insinuaciones iniciales a la condena directa. Con motivo de los actos por el vigésimo aniversario del fatídico 24 de marzo de 1976, Carlos Corach advirtió a la población que es peligroso juntarse con gente como Hebe de Bonafini, lo mismo que con los otros defensores de derechos humanos que gozan de respeto universal.

(Publicado en **Página/12** *el sábado 23 de marzo de 1996)*



to de decidir vuelve a imponerse la línea sucesoria que reivindica Martínez de Hoz.

Esa contradicción central entre la política económica que hambrea a los mismos votantes que el gobierno necesita retener como base electoral, origina otras contradicciones derivadas o paralelas. Una de ellas es la disputa entre Menem y Cavallo. Desde el más encumbrado hasta el más humilde de los argentinos se preguntan cuánto aguantará el dúo en la tregua inestable, tan precaria que sus propios equipos se miran con recelo, sin hablarse. Mientras el Presidente halaga la comprensión de los dirigentes de la CGT que cancelaron el anuncio del paro para el martes 26, Cavallo sostiene que hubieran hecho un papelón porque les falta apoyo. Menem inaugura un consejo tripartito donde los cegetistas pretenden obtener un compromiso de "tregua social", en tanto Cavallo lo descalifica por inútil ya que el plan económico, dice, no se negocia.

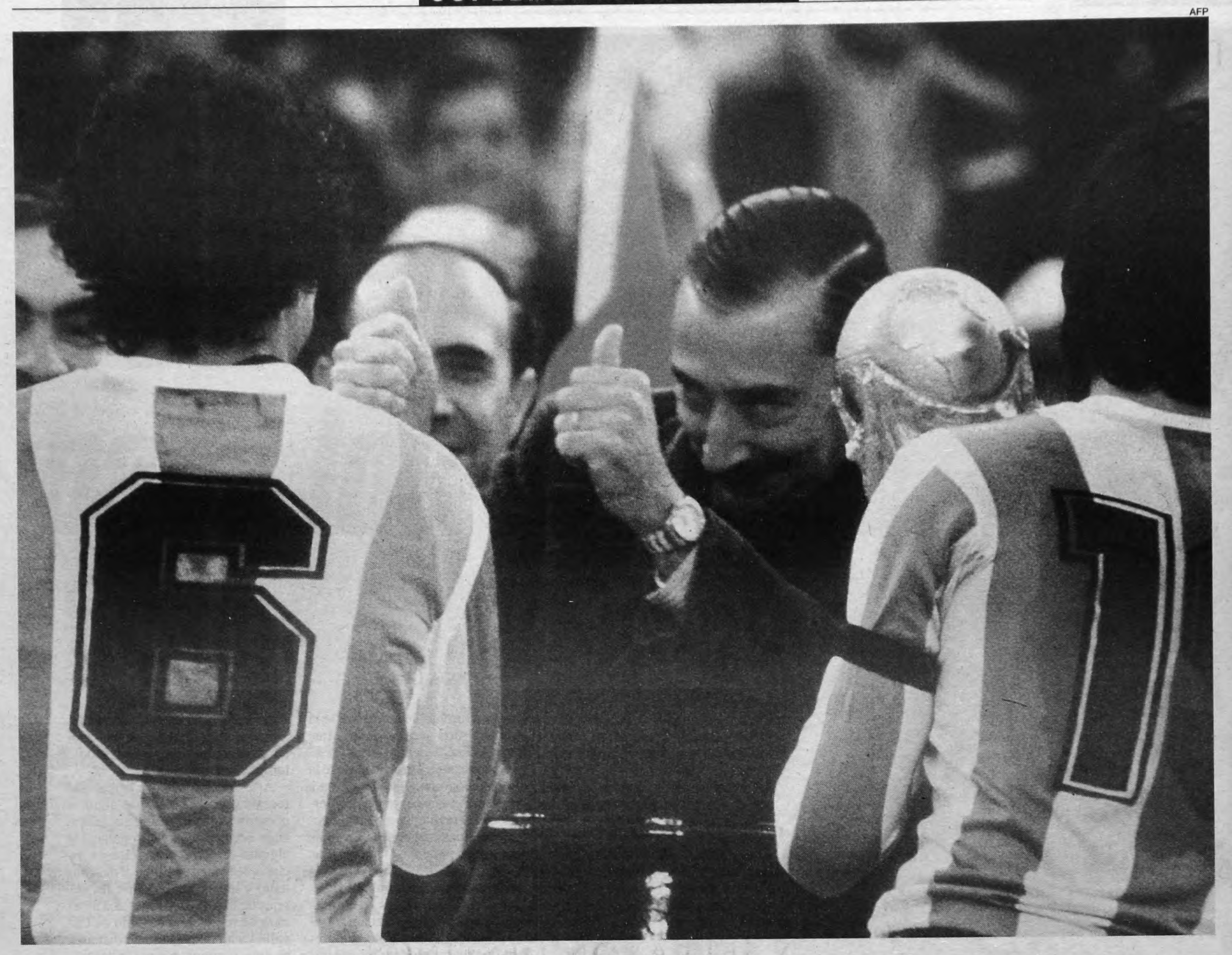
La verdad es que contrariedades no le escasean al Gobierno. Otros eran los tiempos en que el Presidente bailaba por TV entre las sonrisas y las palmas de mucha gente que hoy lo critica con severidad. Poco le faltó para meterse de cabeza en un conflicto frontal con la Iglesia Católica; pudo evitarlo gracias a los amigos que tiene entre los obispos, una media docena de fierro en la punta más alta de la jerarquía que prefirió desairar a sus hermanos Justo Laguna y Miguel Hesayne antes que "seguir acosando al Presidente". Por su parte, el Jefe del Estado tuvo que digerir con una sonrisa una demanda de Pastoral Social sobre temas concretos. Los puntos de la demanda bien podrían ser la plataforma mínima de coincidencia para toda la oposición del ajuste estructural. Los trece ítem del documento de la comisión episcopal tiene cada uno su miga, pero se resumen quizá en el primero y segundo de ellos: "Es urgente flexibilizar y humanizar el sistema" para dejar a salvo a los sectores de menores recursos, "que ya tienen magros ingresos y que no llegan ni siquiera a cubrir sus necesidades básicas". Zafó el Gobierno, pero quedaron heridas abiertas en el cuerpo eclesial (apenas por 11 a 9 ganó la facción oficialista que argumentó contra el supuesto "acoso"), de manera que el episodio tampoco quedó cerrado.

Al Gobierno lo acosa la realidad recesiva, no la crítica de algunos obispos. A los ojos de cualquiera, anda necesitando, y con ganas, de algunas medidas de disciplina social, que frenen de golpe el descontento y metan miedo entre las cobijas de los disconformes. La amenaza de renuncia o despido de Cavallo ya no tiene el efecto disuasor de otros tiempos, porque se desgastó de tanto usarla, como en la fábula de Pedro y el Lobo. Para esos fines intimidatorios tampoco sirve la práctica del "gatillo fácil" porque levanta demasiada indignación pública, a tal punto que se sacudieron las cúpulas policiales. El terrorismo internacional puso al descubierto otra debilidad del Gobierno para proteger la seguridad pública y encima expandió sospechas sobre presuntos encubrimientos de células parapoliciales de extrema derecha que habrían actuado de cómplices locales en los atentados contra AMIA y la embajada de Israel.

En los últimos tiempos, a medida que la policía cumplía con esmero las instrucciones de disolver manifestaciones con todos los recursos a su disposición, desde la Casa Rosada comenzó a dibujarse el perfil de un enemigo peligroso, al que se le adjudica –hasta ahora sin pruebas– un potencial de violencia equivalente a la caballería polaca de Napoleón, ante cuya presencia los ciudadanos deberían encerrarse en sus casas, haciendo oídos sordos a los cantos de sirena de agitadores sin escrúpulos que los incitan a manifestar por sus derechos. Hay una escalada oficial desde el Ministerio del Interior que pasó con rapidez de las insinuaciones iniciales a la condena directa. Con motivo de los actos por el vigésimo aniversario del fatídico 24 de marzo de 1976, Carlos Corach advirtió a la población que es peligroso juntarse con gente como Hebe de Bonafini, lo mismo que con los otros defensores de derechos humanos que gozan de respeto universal.

(Publicado en **Página/12** *el sábado 23 de marzo de 1996)*

AFP



Por Noé Jitrik

Lo que vuelve sin haberse ido nunca

Hace no muchos años hubo en Europa un brote pronazi muy extraño: negadores de la existencia de los campos de concentración y exterminio se obstinaban en exaltar las virtudes del nazismo, como si el nazismo no hubiera incluido, intrínsecamente, casi por definición, ese colmo de la represión que fue la exclusión radical de judíos, gitanos, homosexuales, enfermos, negros y otros de la vida pública. Probablemente esos abogados supieran que estaban enfrentándose con la historia misma, incluso que se mentían a sí mismos, pero nada de eso les importó: llegaron a disputar en tribunales por su revisionismo seguros, en mi opinión, de que perderían porque ahí estaban todas las inequívocas pruebas del horror nazi; eso obliga a pensar un poco en esa obcecación. Tal vez por esas cabezas pasó la alucinante idea de que la historia pesaba menos que el deseo –imposible– de que el nazismo hubiera podido ser otra cosa. Y algo más: de que un programa posible para el presente de democracias que juzgaban tan degradadas como la de Weimar era un nazismo sin represión, un nazismo de fondo, que no se inventara chivos emisarios para dar de comer a los resentidos, que no perdiera el tiempo poniendo estrellas amarillas en los pechos de la gente ni pusiera sus esperanzas de recuperación económica en el trabajo esclavo de intelectuales contestatarios sino que pudiera concretar su pensamiento, si es que el nazismo tiene pensamiento. Si es que pensamiento es esa otra cosa a la que desde los griegos estamos acostumbrados.

Pura ficción se dirá; sin embargo, sin proclamarlo de este modo, pero fascinada todavía por los excesos del nazismo, más los injertos que colocó en ese cuerpo el fundamentalismo francoargelino, y haciéndose cargo del moribundo discurso de la apaciguada guerra fría, la dictadura argentina intentó a medias la realización de la utopía nazi revisionista; a medias porque la masa de personas que exterminó no pertenecía a ningún grupo étnico ni social en particular sino a una tribu rara cuya religión ordenaba a sus miembros no hacer ayuno los sábados sino corregir los errores e injusticias de una democracia de bases endebles, emanación misma de la perversidad de una estructura en la cual unos pocos gozan de todo y otros muchos de casi nada. Digo que a medias porque cada vez está más claro que la dictadura tenía un plan de reordenamiento económico que, por ser dictadura, no podía aplicar con tranquilidad: estaba condenada a ser represiva, mucho más de lo que es normalmente lo que se conoce como el sistema capitalista. No tuvo suerte, tampoco el nazismo alemán la tuvo, pero es evidente que algo de lo que intentó poner en acción quedó en el aire, su frustración no gozó, todavía, de reivindicadores, como los grotescos negadores de los campos, pero parece más que evidente que lo central de su proyecto regresa, con otro lenguaje, también para rectificar el rumbo de una democracia vacilante y torpe, enredada en una crisis sin fin, detrás de cuyas debilidades y, en suma, crueldades, se escucha un rumor que de a ratos es clamor.

¿Es posible pensar un nazismo sin represión? no es fácil y no sólo porque la historia hace un solo bloque de ambos términos pero intentarlo podría dar lugar a un ejercicio intelectual quizás interesante; la hipótesis podría tener algún porvenir si se le quita el intragable calificativo y se reemplazan los términos. Si se piensa que el nazismo superó con un lenguaje seguro de sí mismo, afirmativo, fuertemente emocional, las grandes controversias que invitaban a la gente no a gritar sino a discutir, si se considera que partía de la existencia de un Estado fuerte del que debía apoderarse para canalizar un ideal de preeminencia nacionalista, si se recuerda que apelaba al resentimiento de grandes masas de desocupados a los que prometía un destino de satisfacciones infinitas, tal vez podía haberse evitado la tragedia mundial que provocó al buscarse un chivo emisario en cuya culpa centró la unidad ideológica de su programa. Esto quiere decir que el programa existió y que bien podría serese programa el que regresa, ya sin andar amenazando a nadie por ser quien es ni andar apaleando bolivianos o barbudos o jubilados.

Tal vez por un mecanismo semejante, o porque esa posibilidad está en el aire, es ya casi un lugar común argentino sostener que lo que la dictadura se propuso por la fuerza, la democracia lo está logrando por medio de votos, leyes, decretos, decretos leyes, libertad de prensa, acuerdos políticos. Lo que establece una continuidad con la dictadura no es el mecanismo de las desapariciones, ni siquiera que haya más o menos apaleos durante las manifestaciones o los cortes de rutas sino otra cosa, más brutal todavía pero más sutil porque pone en escena un razonamiento de emergencias que encubre la voluntad de imponer un proyecto económico, de consecuencias sociales y políticas, que nace con la dictadura.

¿Nazismo sin represión? Yo no me puedo negar a esa posibilidad que no necesita, para concretarse, de grandes lucubraciones ni de ideologías remanidas o sofisticadas; le basta el pragmatismo, incluso ese lenguaje íntimo que diluye dificultades y rechaza declaraciones, el revestimiento mágico de las soluciones –que son más sencillas de lo que se piensa–, la confluencia patriótica en torno a un no-programa, la instilación del miedo como generalizado terror al vacío, toda esa parafernalia discursiva que se ha escuchado en estos días en el país y que ha provocado grandes oleadas de un inexplicable estupor. No se dice mucho pero ese estupor, que tiene todo el aspecto de la depresión que nos toma después de un accidente o de una agresión, tiene que estar expresando algo así como la sospecha de que lo que ocurre es que estamos asistiendo a la presentación en sociedad de nuevas formas, no aparatosamente represivas, del nazismo, toda vez que no hay Estado fuerte de cuyos resortes fuera interesante apropiarse, eso que la dictadura trató de lograr y que se manifiesta de otro modo, con un lenguaje mezclado, salpicado de tecnicismos pero también de vulgares renuncias a una racionalidad que vaya un poco más allá del crudo realismo político que consiste, en estos días, en fingir que lo que se afirmó anteayer no se dijo, en eludir la responsabilidad de reforzar a un Hindemburg vacilante y en proclamar con la mano en el pecho que se apoya a un gobierno tambaleante para sostenerlo cuando lo que se está intentando ya y desde ahora es tumbarlo o ocuparlo, como suelen hacer las bacterias cuando el sistema inmunitario afloja.